DT 06 6

La octava es quizás la sinfonía que Beethoven prefería, y una de las que yo prefiero. Pero no la he comentado en más de un año de programa, también como muestra de que la formación de una discoteca no es sólo cosa de gustos, hace falta también alguna disciplina. Y sin embargo, pocas educaciones del gusto hay mejores que la octava sinfonía.

No sólo cada uno de sus movimientos es una delicia, sino que es una gran sinfonía, a pesar de su brevedad y de su aparente ligereza. Y Beethoven, que la llamó su pequeña sinfonía, se enfadaba cuando la consideraban menos que otras. La octava es la culminación del clasicismo sinfónico.

Con ella, Beethoven parece volver a Mozart, y sobre todo a Haydn, pero es engañoso. Algunos desarrollos y algunas codas no se conciben sin la pastoral. Ciertos cambios de ritmos no hubieran sido posibles sin la séptima.

Por su forma y sus proporciones, la octava es un nuevo tipo de sinfonía con el que Beethoven agota las posibilidades de la forma clásica en el campo sinfónico. El primer movimiento es de una gran belleza y originalidad. El Allegretto es el movimiento más ligero de todas las sinfonías de Beethoven, y en él aparece por última vez, hasta que Prokofiev la mima algo tensamente, la alegría civilizada del periodo clásico.

Los directores suelen interpretar sin la calma necesaria el bellísimo Minuetto, que es una transformación genial de los muy variados de Haydn. Y esta es la primera sinfonía que se dirige toda hacia el finale, un ejemplo famoso de cómo Beethoven creaba y resolvía magistralmente los más difíciles problemas de forma, y cómo cada detalle sólo toma todo su sentido en el conjunto. Habría que analizar cada movimiento, pero no es necesario para quedarse con el rigor formal, la alegría y el humor de la octava.

Esto último, y la calma en el Minuetto, es lo que le falta precisamente a la muy exacta interpretación de Abbado con la Filarmónica de Viena, que suele darse como la mejor, y que es la que estamos oyendo. No hay en disco una interpretación definitiva de la octava, y por algo será, pero las hay buenas. A la de Abbado yo prefiero la aparentemente menos virtuosa y precisa de Karl Schurig, un director injustamente algo olvidado, y este puede ser un disco para recordarlo.

Las interpretaciones de Böhm, Davis, Giulini y Jochum son también recomendables, y supongo que alguna se encontrará en el triste mercado nacional.